

Estrategias rojas en tiempo de elecciones

Los tiempos de elecciones suelen traer dos cosas: circos o tsunamis. Luego se quejan de la indiferencia de los votantes. P.T. Barnum - el creador del espectáculo circense moderno - no podría estar más de acuerdo con la política-circo empleada por las izquierdas. A él se le atribuye la frase “a cada minuto nace un idiota”. Idea propia o simplemente atribuida a su nombre, sobre ese principio construyó su imperio multimillonario hecho de fraudes, escándalos y mucha publicidad.

Conocía cómo encandilar a las masas. De hecho incursionó en política con un éxito notable. Junto con mejorar el abastecimiento de agua, pavimentación y alumbrado eléctrico, construyó un hospital y fue un destacado impulsor de la “campaña de temperancia” contra los excesos del alcohol y prostitución. Combinó la publicidad circense, obras sociales y una campaña moralizante: la fórmula perfecta para cautivar la imaginación popular de los votantes.

La política-tsunami no es más original. Se basa en el principio Atila: me sigues o mueres. Su fórmula es simple y no requiere mucha inteligencia. Basta una horda de bárbaros dispuestos a arrasar a quien se oponga o cruce en su camino y un discurso altisonante que reivindique sus propios deseos como la única realidad posible.

Como con el fenómeno telúrico natural, asistimos a una serie de temblores de diversa magnitud - según el tono del discurso del poder - y dependiendo de la violencia del “sismo” esperamos el tsunami proporcional que destruya todo a su paso. El problema de los circos es que pasada la temporada el humo de los fuegos artificiales se va y el público regresa a sus casas con la decepción de que nada cambió realmente. O bien exige su dinero si captó el fraude y se siente indignado. Indescriptiblemente estafado.

La política tsunami tiene el problema del cortoplacismo. Hay dos maneras de tener el edificio más alto del pueblo. Una forma es salir a perseguir a los otros constructores: descuidamos el nuestro y dedicamos nuestro tiempo y energía a destruir todas las demás edificaciones que amenazan nuestra estatura. ¡Ahora el propio es el más alto! Pero eso sale bien con el primer edificio. Se van del pueblo los del primer edificio. Y se sigue con el otro.

Puede que no sea tan difícil, pero cuando se llega al tercero los del edificio estarán esperando en pie de guerra gritando “Un momento. Ya sabemos a qué viene”. Es el momento en que ya no se le conoce como “constructor” sino como “destructor”. ¡Tira todo abajo con tal de ser lo único en pie! Pero estos estilos - si bien usualmente los sufrimos por separado - no son incompatibles.

En un extremo delirio de poder, podríamos concebir incluso una mezcla extraña de Barnum con Atila: hordas bárbaras arrasando disidencias o alternativas por un lado y, por otro, la estridencia circense anunciando “el espectáculo más grande del mundo”. Uno que mezcle medidas moralizantes y mejoras de corte popular.

En este contexto casi apocalíptico me pregunto con ustedes, ¿realmente queda espacio para un cambio? Creo que sí. Pero se necesitan líderes. Verdaderos líderes. Y esos se forman. Muy pocos nacen con un talento excepcional que les convierte en seres extraordinarios.

El auténtico liderazgo es hijo del rigor, de la disciplina y del aprendizaje constante. Requiere una mejora continua para un grupo de valores y elementos particulares. Y sobre esto se proyectan las ideas que el líder encarna. La efectividad de un líder no se basa en fórmulas rápidas ni en técnicas de manipulación. Como comunicadores deben escuchar un “¡yo también!” y no un exasperado “y a mí, ¿qué?”. Deben expresarse de tal manera que puedan cubrir los temas sin recurrir a un burdo intento de impresionar.

No deben temer a utilizar la lógica y las razones, de forma sencilla, breve y directa, creando una expectativa realista aunque se tengan grandes planes, pues es mejor que los demás se sorprendan al ver que lo prometido se cumplió con creces y mucho más fácilmente que lo que se dijo.

Los políticos son un dolor de cabeza, sí. Pero allí no acaba la política ni la historia se detiene con ellos. Aún hay esperanza en tanto ni el circo ni las hordas paralicen a los líderes ni detengan la reacción de los pueblos.